

multiplicar los ejemplos, la finalidad y el soporte son iguales: una agudeza que encierra al humor más negro. Es indiscutible la parte de ficción mal intencionada, destinada a poner de relieve el ingenio del escritor, pero vacía de toda componente crítico social. Lo que no se puede admitir es una generalización abusiva, porque en otras páginas surgen otros auxiliares de los médicos, los cirujanos, representados así:

*cargados de pinzas, tientas, cauterios, tijeras, navajas, sierras, limas, tenazas y lancetones. Entre ellos se oía una voz dolorosa a mis oídos que decía: —corta, arranca, abre, cierra, despedaza, pica, punza, ajigota, rebana, descarna y abrasa*²⁴

¿Quién se atrevería a negar que bajo el juego tremendista aparece algo real: el dolor? Lo dice con toda razón David Peyre Y:

*Parece como si tuviéramos delante de los ojos las láminas de un libro de cirugía de Guy de Chauliac o de Daza Chacón... No se trata de una sátira abstracta... Cada alusión evoca un dolor...*²⁵

Cuando, por otra parte, se sabe que muchos de los colaboradores de los médicos titulados y de los cirujanos latinos carecían de «formación académica»²⁶ y que, entre ellos, abundaban cada vez más los «algebristas», encargados de todo lo referente a traumatología²⁷, las líneas escritas por Quevedo cobran un impacto increíble. Ya no se trata de un simple juego literario, innegable por cierto pero vacío, sino de una denuncia envuelta en una forma brillante pero cargada de una fuerza particular, ya que encierra una acusación que se puede resumir así:

A) Los médicos matan; son asesinos legales: lo dice claramente el condenado a la horca en el episodio XXV de *La hora de todos*.

B) Emplean una jerga que nadie puede entender para hablar de las cosas más sencillas y así impresionan al enfermo que se deja engañar:

*Y luego ensartan nombres de simples que parecen invocaciones de demonios: Buphlalmus opoponax, leontopelatum..., y sabido que quiere decir tan espantosa baraunda de voces tan repletas de letrones, son zanaborias, rábanos y perejil... disfrazan las legumbres porque no sean conocidas y las comprenden los enfermos*²⁸.

C) Se hacen cómplices de los boticarios que integran ingredientes asquerosos en sus preparados, y Quevedo habla de «porquerías y hediondecas»²⁹.

Frente a la imagen de los médicos asesinos, estafadores y culpables de un abuso de confianza, podemos pensar que se trata de una serie de acusaciones destinadas a desenmascarar la hipocresía del grupo y a denunciar su responsabilidad o afirmar que no hay que fiarse de lo que no pasa de una crítica vacía de todo punto de conexión con la realidad. Antes de privilegiar una de las dos posiciones adoptadas muchas veces conviene examinar otras fuentes.

Por lo visto, Quevedo olvida que existían médicos que luchaban contra las epidemias

²⁴ *El sueño de la muerte*, O. C.; t. 1, pág. 176b.

²⁵ DAVID PEYRE, Y. (*op. cit.*; pág. 403).

²⁶ GRANJEL (*El ejercicio...*, *op. cit.*; pág. 4).

²⁷ GRANJEL: *Capítulo de la medicina española* (Universidad de Salamanca, 1971; cap. «Cirugía española del barroco»).

²⁸ *El sueño de la muerte*, O. C.; t. 1, pág. 176a.

²⁹ *Id.*, O. C.; t. 1, pág. 176b.

con riesgo de la vida ³⁰ o que ejercían entre los pobres. La noción de servicio no aparece nunca bajo su pluma y se puede hablar de una sátira sistemática que rechaza cualquier alabanza, cualquier punto o alusión favorable para la profesión incriminada ³¹. También hay que reconocer que algunos de sus argumentos rayan en la mala fe más evidente.

Pensamos en la jerga que les echa en cara. David Peyre, al analizar el tema, llega a la conclusión de que se trataba de una precaución, ya que los únicos en poder manipular algunas de las sustancias tóxicas eran los boticarios que dominaban el latín ³².

En cuanto a las «suciedades» que entraban en la composición de los preparados, hay mucho que decir. Por una parte, no olvidemos que las boticas debían ser visitadas por lo menos una vez al año por una comisión que inspeccionaba los medicamentos y retiraba los que estaban en malas condiciones ³³. Por otra parte, si nos atenemos a lo que declaran algunos coetáneos, cuando faltaban algunos productos esenciales, sea por demasiado caros o por agotados, los boticarios no vacilaban en sustituirlos por otros mucho más baratos y corrientes, cambiando así las proporciones y la composición ³⁴. Además, si bien es verdad que muchas veces entraban en las recetas ingredientes que podrían extrañar y que provocaban las risas de los escépticos, si bien es verdad que nadie podía explicar por qué se obtenían ciertos efectos, hay que recordar que el empirismo, en el sentido actual de la palabra, pese a sus contradictores y detractores, acierta a veces donde fracasa la ciencia académica: Galeo y Paré empleaban bálsamos a base de hígado de animales para las afecciones de la piel, de los ojos o para las heridas, sin saber que el elemento básico era la vitamina A que efectivamente permite combatirlas.

Por lo visto, Quevedo prefiere casi siempre la sátira mordaz a un estudio detenido. Cuando habla de la técnica de los médicos, conserva únicamente el aspecto más repugnante. La verdad es que en aquel entonces se disponía de pocos medios y que atreverse a afirmar que era posible luchar contra algunas enfermedades como la peste cuando el diagnóstico se fundaba en el examen de orines y excrementos o del pulso, era demostrar un optimismo peligroso cuando no criminal ³⁵. Sin embargo, conviene tener presentes unos cuan-

³⁰ Véase MENÉNDEZ DE LA PUENTE (*Notas históricas sobre el ejercicio de las profesiones sanitarias*; Zaragoza, 1968; pág. 16);

En 1652 hubo en Huesca una epidemia de peste que causó verdaderos estragos llegando a morir contagiados tres maestros cirujanos...

³¹ Véase DAVID PEYRE (*op. cit.*; pág. 399).

³² *Id.*; pág. 49.

³³ MENÉNDEZ DE LA PUENTE (*op. cit.*; pág. 14).

³⁴ Véase el *Diálogo del Comendador Griego* (§ «De los boticarios»);

Gracioso es el alboroto que trahen en hazer el Mitridato, y la Theriaca de Andromaco, y otras composiciones, a que en verdad mas de dos partes de los simples faltan como el verdadero balsamo, la mirra... y ponen unas cosas en lugar de otras, disculpandose con licencia del Médico... Y qualquiera cosa que falte a una composicion, que consiste en proporcion haze falta y varia en el compuesto.

³⁵ GOYANES y CAPDEVILLA: *La sátira contra los médicos y la medicina en los libros de Quevedo* (Madrid, 1934; pág. 11).

tos datos puestos de relieve por algunos estudios recientes. Las epidemias eran una realidad tremenda ³⁶, pero Bennassar B. demuestra perfectamente que, en el caso de la peste de 1596-1602, el mayor número de muertos se registra en los pueblos que no pudieron contar con la presencia de un médico ³⁷, lo cual se explica si se tiene en cuenta que los métodos de lucha no eran tan ridículos como se viene repitiendo a menudo ³⁸. Por cierto, sólo los verdaderos médicos podían obtener resultados nada discutibles, y si no aparecen bajo la pluma de Quevedo es porque cada vez más abundaban los falsos facultativos o los que no eran sino una caricatura de su profesión.

Si después de leer las conclusiones que los investigadores sacan del estudio de los archivos, la presentación tradicional en la literatura parece exagerada, tenemos que señalar que el mismo Quevedo no siempre empleó ese tono sarcástico, sino que, por lo menos en una página, enfocó el problema desde un ángulo diferente cuando escribió:

Muy excelentes médicos ha habido y hay en el mundo; pero todos curan lo que saben, por lo que conjeturan de lo que ignoran y no ven... Empero necesita el físico de la sospecha para rastrear las causas que pueden ser infinitamente diferentes: por donde sin culpa de la ciencia se ocasionan los errores en las curas más judiciosas... ³⁹

La única conclusión que podemos sacar es que nuestro censor muestra la mayor desconfianza frente a unos hombres que se presentan como poseedores de una ciencia infalible, cuando sólo disponen de una técnica rudimentaria que abre la puerta a cualquier error o equivocación. No se trata entonces de una sátira vacía de todo contenido real, sino motivada por la percepción clara de cierto relativismo que le obliga a poner en dudas las posibilidades de la medicina y, por consiguiente, a atacar con violencia a los médicos. Se explica ésta entonces por el recelo frente a la técnica y por el enfado frente a la actuación de los que se ven reprochar otros móviles.

3) *De la codicia de los médicos*

Bajo la pluma de Quevedo, los médicos tienen a menudo un comportamiento particular, como el que sale al escenario del episodio I de *La hora de todos* y que va «a ojeo de calenturas». ¿Qué significa la expresión? ¿Se trata del hecho de mirar detenidamente algo y, en el caso presente, sería una alusión a la técnica de que hablamos ya, o de seguir las huellas de quien terminará siendo presa del buen cazador? Si relacionamos el episodio con otros, tenemos que confesar que ésta parece la solución más verosímil.

Estamos frente a una denuncia superficial y sumamente insidiosa: Quevedo no profundiza, no aporta ni el menor argumento concreto. Todo indica que se deja llevar por el doble deseo de brillar y de herir. La sátira se resume en un juego conceptista que le permite dejar estallar su violencia en una serie de acusaciones que van *crescendo* desde la simple co-

³⁶ Véase, entre otros, el cuadro que presenta DOMÍNGUEZ ORTIZ en *La sociedad española en el Siglo XVII* (Madrid, SCIC, 1963-70).

³⁷ BENNASSAR, B: *Recherche sur les grandes épidémies dans le Nord de l'Espagne à la fin du XVI^e siècle* (Paris, SEV-PEN, 1969).

³⁸ Véase GRANJEL (*Capítulos...*, *op. cit.*; cap. «Epidemia de peste del siglo XVII»).

³⁹ *Virtud militante*; cap. «Enfermedad», O. C.; t. 1, pág. 1308a.

dicia hasta algo más grave, como cuando asimila ésta con el mercantilismo, al equiparar a los médicos con los boticarios que:

oro hacen de las moscas, del estiércol; oro hacen de las arañas, de los alacranes y sapos... 40

Es de notar que lo más importante es el deseo de encontrar una fuerza y un impacto tremendos con la casi materialización del delito, palabra que empleamos adrede ya que Quevedo llega al extremo de declarar que los médicos presionan a sus enfermos para que éstos los apunten en su testamento ⁴¹, lo cual es pura difamación. Digamos claramente que la exageración obtiene un efecto contraproducente y que ese deseo de humillar obliga a pensar en motivaciones personales y hace dudar de la realidad de lo que se lee.

¿Qué parte de verdad encierra esa queja? Granjel habla de «sonados beneficios» obtenidos «en ocasiones», pero señala que son «ganancias extraordinarias» ⁴²; además recuerda las supercherías ⁴³ de los que tienen la culpa de la opinión negativa que mucha gente tenía del grupo en su conjunto ⁴⁴. No olvidemos por otra parte que también existen ejemplos de médicos que trabajaban entre los pobres y de otros que perdieron dinero al aceptar contratos individuales en condiciones durísimas ⁴⁵.

Ya lo vemos, nada permite decir que la sátira sobre este particular está en conexión con la realidad: la violencia de Quevedo parece más bien fundada en un odio personal.

Después de analizar y valorar las acusaciones proferidas por Quevedo, no es posible afirmar de manera rotunda que estamos frente a un documento fiable o, al contrario, que no hay ni el menor punto de contacto con la realidad. Si admitimos que algunos aspectos son una muestra indiscutible de la sátira más tradicional ⁴⁶, por otra parte, afirmamos que otros, bastante numerosos, no carecen en absoluto de la componente crítico social indispensable en determinados escritos destinados a despertar la opinión, si no general, por lo menos de cierto grupo ⁴⁷. Lo que sí reconocemos es que la misma violencia resta fuerza al intento de Quevedo, pero no el hecho de que esté encerrada la crítica en un juego literario brillante. En cuanto al argumento encaminado a dividir las obras de nuestro escritor entre tempranas, carentes de crítica social, y tardías o de madurez, que unirían juego literario y denuncia en conexión con la realidad, lo rechazamos, para el tema que nos ocupa aquí, ya que, como lo demuestran los ejemplos citados, la presencia a la carencia del elemento «pun-

⁴⁰ *El sueño del infierno*, O. C.; t. 1, pág. 152a.

⁴¹ Es lo que declara el reo en el episodio XXV de *La hora de todos*.

⁴² GRANJEL (*El ejercicio...*, *op. cit.*; págs. 28 y 31).

⁴³ Basta leer el capítulo «La medicina como noticia en el Madrid de Felipe IV» (GRANJEL: *Capítulos...*, *op. cit.*) para convencerse de la realidad de esas supercherías.

⁴⁴ Si nos atenemos a las conclusiones del capítulo «Servidores de la muerte» (GRANJEL: *El ejercicio...*, *op. cit.*), esos médicos, que no son sino una caricatura de la profesión, tienen la culpa de esa opinión negativa.

⁴⁵ Menéndez de la Puente presenta un caso curioso (*op. cit.*; pág. 27): un médico se comprometió a curar a un enfermo, fraile agustino por más señas, a cambio de honorarios elevados pero, si el mal reaparecía en un plazo de ocho meses, debía devolverle la cantidad percibida y además curarle otra vez... ¡gratis!

⁴⁶ David Peyre recuerda que, en su sátira, Quevedo emplea tópicos literarios que ya se encuentran en Juvenal y Marcial (*op. cit.*; págs. 404-405). Ilse Nolting Hauff declara que si todos los elementos son tradicionales, sin embargo «surge una descripción impresionante y sugestiva» (*op. cit.*; § «Médicos y boticarios»). Si nos atenemos a lo que declara Cèbe (*op. cit.*; cap. V, § IV), ese «material» ya existía en Plauto.

⁴⁷ Véase *supra* nota 4.